

PERIFERIA

MANUEL F. RUGELES. — *Antología Poética, Losada, Buenos Aires, 1952.*

Más que por sus poetas, Venezuela es conocida en el panorama de las letras hispanoamericanas por sus recios novelistas como Gallegos, Uslar Pietri, y por ensayistas o investigadores de los problemas culturales como Picón, Salas. Una figura poética de proyección americana, de indiscutible influencia en otros ámbitos, no ha cuajado todavía. Parecería más bien que la novela y el cuento, como expresiones creadoras, son las más logradas y frecuentadas con éxito por los escritores venezolanos. Pero ello no implica, en ningún modo, la mengua absoluta de la creación poética en la literatura venezolana contemporánea, donde existe un grupo de poetas, de buenos poetas, de poetas nacionales conocidos también en los países vecinos. Tal es el caso de Manuel F. Rugeles, de quien acaba de publicarse en Buenos Aires su *Antología Poética*. Frente a muchos de sus compañeros, Rugeles se caracterizó por procurarse un aparejo poético menos adventicio, por no querer imitar ramplonamente los ya difuntos vanguardismos y surrealismos, por no dejarse influir y arrastrar, sin discriminación, por ese río poético que Neruda genialmente despeñó sobre el continente y en el que todavía algunos viven ahogándose al imitar o repetir sus metáforas ensimismadas. Frente a los ismos que de Europa arribaban trasnochados a América, Rugeles ha sabido elegir el gusto de su propio camino, manejando un lenguaje de sabrosa cepa castellana. Porque un error muy repetido es el creer que para llegar a ser poeta sin préstamos, con una radical y propia vivencia frente al hombre y frente al mundo, vivencia fundamentalmente distinta a la de un europeo, es imprescindible convertirse en poeta indigenista o folklorista; a quienes así argumentan, los ejemplos de Neruda y de Vallejo, podrían aclararles la obsesión de su folklorismo pazguato. Desde la publicación de su primer libro *Cántaro* (1937) hasta la aparición de su *Antología* (1952), Rugeles ha venido acrecentando un mayor dominio de sus temas. Sobre el tema que más insiste y que más se aviene a su propia índole, es el de la tierra. Y en este caso la tierra del poeta, la que él acuña en imágenes, la que le urdió sus primeras impresiones, es, en su ubicación geográfica, la montaña andina de Venezuela. Esta constante versión de propio paisaje nos lleva a recordar a Antonio Machado, con quien, por otra parte, Rugeles muestra afinidades. Lo que para el español representa la parda tierra de Soria y la meseta castellana, ese "océano de cuero" que desconcertó a Neruda, en el venezolano equivale a las montañas andinas, pero de unos Andes que dejan de ser el desolado y extraño paisaje de los Andes Argentinos, para cubrirse de montañas boscosas, de verdes valles. En ambos poetas hallamos dos hombres que han aprendido a mirar el mundo en torno, atentos siempre a sus vicisitudes. Y no se trata de meras viñetas poéticas, lo que sería un ingenuo poetizar, sino de ver reproducido en el paisaje un poco el destino del hombre, una alusión constante. En Machado caminamos por entre hileras de chopos, entre álamos ribereños, por entre caminos que simbólicamente se resuelven en el mar; en Rugeles bordean el camino sazonados naranjos, y hay neblina y cielo azul. Además, Rugeles obtiene (sobre todo en su libro *Aldea en la Niebla*, cuando maneja formas métricas como las de Machado), versos limpios y exactos. Y es en

esta coyuntura donde Rugeles procura evitar en lo posible lo que se suele impugnar a los poetas hispanoamericanos, esa suerte de demasía métrica y emotiva. A nuestro parecer, los poemas que en la Antología corresponden al libro publicado en 1945, *Aldea en la Niebla*, representan su mejor y más limpia tesitura creadora. Allí está todo el poeta, con su tierra, sus pinos verdes, sus seres humanos y, fundamentalmente, con sus estados anímicos personales. Y todo está dicho con esa difícil sencillez y exactitud, que presupone a un decantamiento sereno, un no dejarse arrebatar por las palabras. No participa tampoco de una expresión donde lo decididamente épico se intercala con lo narrativo, a la manera de Lugones en sus *Odas Seculares*, sino más bien recurre a una épica de menor volumen, de voz menos potente, menos hazañosa, pero no por ello menos genuina. Una épica de las acciones menores que también gesta un hombre cuando individualmente quiere actuar con todo su ser entre sus semejantes y con la naturaleza que lo rodea. Pero debo esclarecer que su tendencia personal no conduce a Rugeles a un subjetivismo insistente, ni a un lirismo que olvide al mundo, cuando, como ya apuntaba antes, lo esencial de su carácter poético es haber encontrado un mundo, un paisaje con el que puede entusiasmar su creación. Una pequeña épica de las circunstancias cotidianas que un hombre, en este caso un hombre de las montañas, puede hallar a su vera por la vida. Sin embargo, encontramos en la Antología algunas expresiones épicas, de épica en serio; su laureado *Canto a Iberoamérica* (1947) es un ejemplo. Este largo poema, y otros más, nos obligan a pensar que un criterio más ceñido, más exigente, ha debido mantener Rugeles en la selección de su Antología Poética, ya que una publicación tal es, indudablemente, un rompimiento que todo poeta se impone a sí mismo, un reunir en unos cuantos poemas significativos, lo que ha costado largos afanes y largo tiempo de maceración y de trabajo. Pero el verdadero Rugeles, el del verso limpio y de sabrosa cepa castellana, mejor y siempre lo encontraremos en su "Aldea en la Niebla", en sus coplas, en sus poemas civiles, donde asoma un poeta, un destino logrado, en fin, un hombre.

HORACIO CÁRDENAS

JOSE DE LA CUADRA. — *Un lagarto montuvio.*

El Ecuador que afiló de bravura barroca y dolorosa —dolorida— la prosa de Montalvo, ha frecuentado la materia y las manos de su arte en el callado y en el triste, en la varonía aplastada: indios, cholos, negros de la provincia de Esmeraldas, montuvios. De esas manos nació la imaginaria quiteña. En su dolor de explotados, en sus esporádicas rebeldías, en su drama y su poesía oscuras, está la materia de sus cuentistas y novelistas actuales: El Icaza de otros tiempos, Barrera, José de la Cuadra. Obra la de todos pegada a la tierra, tal vez un poco recargada de anécdota, no demasiado sabia, pero de empuje y granazón. Hermana, algo menor sin duda, de la novelística venezolana, se encuentra en la línea de los artistas comprometidos de los problemas sociales que eriza las costas del golfo de Méjico, del Caribe y del Pacífico. La forma y el contenido de su prosa (aunque no siempre la intención) recuerda un poco a nuestro Payró, a Quiroga. José de la Cuadra es el cuentista por excelencia, el relatista de la selva serrana, del monte, del hombre primitivo que trabaja en el desmonte y en el arrozal: el montuvio. También es relatista de los abusos políticos, del asesinato pasional y alevoso, de las pasiones retorcidas o machas. Ejemplo son *El cóndor de oro*, *La selva en llamas*, *Palcaso*. Sin preocupaciones de estéticas actuales, sin hondos problemas filosóficos, contando las cosas a la pata llana, alcanza, sin embargo, a fuerza de malicia y de sentir, de pura potencia y de hermanarse con su gente, el retorcimiento de la picaresca